

GALLEGO, JUAN NICASIO (1777-1853)

SONETOS

SONETO I

Al nacimiento de Pradina

Cuando al morir el polvoroso estío
el Otoño asomó la rubia frente,
frescura dando al congojoso ambiente,
vida a las plantas, movimiento al río,

nació Pradina, y celestial rocío
vivificó las flores de repente;
arrullolas Favonio blandamente,
y el sol brilló con nuevo señorío.

Alegre al verla el ruiseñor trinaba,
y de su boca de coral salía
fragante olor que el aire embalsamaba.

«¡Triste de ti, Casinio! (cuando abría
los bellos ojos, el Amor clamaba).
¡Ay de tu libertad, y aun de la mía!».

Dijo: y sin que pudiese
contener Cupidillo su alegría,
llegó, se sonrió, besola y fuese.

SONETO II

Al cumpleaños de Pradina

¡Pradina hermosa! cuando Dios quería,
y yo feliz tus años celebraba,
de tu presencia angelical gozaba
y en tu blando mirar me embebecía.

De tu boca dulcísima la mía

en tiernos besos el maná gustaba,
a tu bella garganta me abrazaba,
y de amor y placer desfallecía.

Mas hora ¡triste! de tu lado ausente,
de la esperanza el mentiroso halago
es cuanto gozo en mi dolor vehemente.

Beso un papel; abrazo el aire vago;
la hiel del tedio gusto solamente,
y en amargura y llanto me deshago.

SONETO III

La Primavera

Sacude abril su fértil cabellera
y el ancho suelo puéblase de flores;
el alba le saluda, y mil colores
en torno brillan de la clara esfera.

Anuncia alegre el soto y la pradera
la vuelta de la risa y los amores,
y arroyos, aves, selvas y pastores
cantan la deliciosa primavera.

Ríe el zagal; alégrase el ganado;
todo el placer de su presencia siente;
el bosque, el río, el páramo, el poblado;

mas yo, que estoy de mi Pradina ausente,
suspiro solo y de tristeza helado,
cual si bramara el ábrego inclemente.

SONETO IV

A Pradina ausente

¿Será que siempre esté, cara Pradina
tu larga ausencia y desamor llorando?
¿No escucharé jamás tu acento blando
ni he de embeberme en tu beldad divina?

Huyó el octubre: la robusta encina
vino el sañudo cierzo derribando;
siguióle abril, los campos matizando,
y tu dureza más y más se obstina.

Llega anhelante el polvoroso estío;
vuelve otoño de vides coronado;
torna la escarcha del invierno frío:

y tú tranquila, inmóvil, sin cuidado
dejas desfallecer el pecho mío,
ya de gemir y de esperar cansado.

SONETO IV

A la misma

¿Hasta cuándo he de estar, bella Corina,
tu larga ausencia y desamor llorando?
¿No escucharé jamás tu acento blando,
ni he de embeberme en tu beldad divina?

Pasose octubre; la robusta encina
vino el sañudo cierzo derribando;
siguióle abril los campos alegrando,
y más tu enojo o tu desdén se obstina.

Fuese envuelto en sudor el blondo estío;
volvió otoño de pámpanos orlado;
tornó la escarcha del invierno frío;

y tú, tranquila, inmóvil, sin cuidado
dejas ¡ay! que me acabe el dolor mío
ya de gemir y de esperar cansado.

SONETO V

A Pradina

Cuando mi bien el campo hermo seaba
que del Órbigo baña la corriente,

yo de su vista celestial ausente
solitario y lloroso me quejaba.

Hoy, que la veo al fin; hoy que esperaba
el dulce premio de mi amor ardiente,
hállola sin piedad, dura, inclemente,
y más mi angustia y mi dolor se agrava.

Pues bien, Pradina: si al afecto mío
perpetuo llanto y desamor le espera,
culpa de ausencia o del olvido impío;

goce yo tu sonrisa placentera,
y más que en fuerza de tu infiel desvío
gimiendo viva, y suspirando muera.

SONETO VI

Instabilidad de las cosas humanas

A la voz de los tiempos rigurosos
se desploman las torres elevadas:
los montes y las rocas encumbradas
se ocultan entre juncos cenagosos.

¿Dó estáis, anfiteatros y colosos,
arcos soberbios, moles ponderadas?
¿Dónde están vuestras bóvedas sagradas,
templos de Olimpia y de Balbec famosos?

¡Todos yacéis! Del poderío griego,
del sirio y persa, del romano, y godo,
¿qué dejó su segur al hierro y fuego?
¿Y deberé extrañar, cayendo todo,
que una botella de licor manchego
consiga derribarme por el lodo?

SONETO VII

A Quintana por su Oda al combate de Trafalgar

¿Es la lira de Píndaro valiente

la que en mi oído atónito resuena,
a cuyo son sublime, que enajena,
las glorias canta de la griega gente?

No, que es del gran Quintana el plectro ardiente
que del nombre español el mundo llena:
a su voz brama el mar, el bronce truena
y el combate inmortal se ve patente.

Goza a par de los héroes que ensalzaste,
Píndaro nuevo, el lauro peregrino
con que sus sienes y la tuya ornaste;

pues al alto lugar que os da el destino,
si tú por sus hazañas le ganaste,
suben hoy por tu cántico divino.

SONETO VIII

A Corina en sus días

Id, mis suspiros, id sobre el ligero
plácido ambiente que el abril derrama;
id a los campos fértiles do brama
en ancho cauce el orgulloso Duero.

Id de Corina al pie sin que el severo
ceño temáis del cano Guadarrama,
pues el ardor volcánico os inflama
que en mí encendió la hermosa por quien muero.

Saludadla por mí; su alegre día
gozad ufanos, y el cruel tormento
recordadle del triste que os envía;

y en pago me traed del mal que siento
un ¡ay! que exhale a la memoria mía
empapado en el ámbar de su aliento.

SONETO IX

A la memoria de Gracilazo 1806

Río, ¿dó está de Laso la divina
musa que un tiempo suspiraba amores;
la que tu verde sien ciñó de flores
y suspendió tu linfa cristalina?

A tu margen la alondra matutina
modula al son del agua sus loores,
y el dulce lamentar de dos pastores
resuena grato en la imperial colina.

Zagales de Aranjuez, que en lastimera
voz recordáis su muerte cada día,
vosotros los del Tajo en su ribera,

dejad ¡ay! que la humilde musa mía
dé flores a su cítara ligera
y tierno llanto a su ceniza fría.

SONETO X

A mi vuelta a Zamora en 1807

Cargado de mortal melancolía,
de angustia el pecho y de memorias lleno,
otra vez torno a vuestro dulce seno,
campos alegres de la patria mía.

¡Cuán otros ¡ay! os vio mi fantasía,
cuando de pena y de temor ajeno
en mí fijaba su mirar sereno
la infiel hermosa que me amaba un día!

Tú, que en tiempo mejor fuiste testigo
de mi ventura al rayo de la aurora,
sélo de mi dolor, césped amigo;

pues si en mi corazón, que sangre llora,
esperanzas y amor llevé conmigo,
desengaños y amor te traigo ahora.

SONETO XI

Al autor del AntiQuijote 1808

La voz sonora de un rocín gallego
que al Setabiense aclama noche y día
llegando al reino de la muerte fría
del buen Quijote perturbó el sosiego.

¡Hi de pu...!, dijo el paladín manchego,
¿ese follón amengua mi valía?
¡Sús! ¡Alto! ¡A castigar su demasía!
Ensilla, Sancho, a Rocinante luego.

Señor, ¿a Rocinante? Si se enfada
mi rucio solo acallará sus voces,
dejándole tendido en la estacada.

Harto se echa de ver que no conoces,
Sancho amigo, su fuerza denodada:
capaz es de matarte el rucio a coces.

SONETO XII

A la muerte del AntiQuijote, folleto escrito por el Setabiense

En un sucio rincón doliente yá
el bien acuchillado AntiQuijó
aborto del ingenio más idió
de cuantos a Madrid han apestá.

Gime el mísero padre su desgrá
y llora, y grita, y jura que es famó,
pero no es de extrañar que cielo hermó
a su negro polluelo llame el grá.

No llores, Setabiense, por el hí,
pues salvará la vida por fortú
en unguentos y drogas de botí,

que si alcanzara el tiempo del buen cú
que hizo en la Mancha el célebre escrutí,
no se librara el triste de hacer hú.

SONETO XIII

A Glicera

¿Qué imposibles no allana la hermosura?
¿Quién no cede a su hechizo soberano?
A donde llega su poder tirano
la fábula, la historia lo asegura.

Renuncia Adán la celestial ventura
su dulce halago resistiendo en vano:
por ella Paris el valor troyano
arma y conduce a perdición segura.

De una manzana la belleza rara
causó de entrambos la desdicha fiera,
que de su amor los gustos acibara;

mas si a verte llegasen, mi Glicera,
el uno de tu mano la tomara;
el otro a tus encantos la rindiera.

SONETO XIV

A Corina ausente

Mi solo y dulce amor, Corina hermosa,
anhelada mitad del alma mía,
de cuyos bellos ojos nace el día
puro como en abril purpúrea rosa:

El alma que sin ti jamás reposa,
sin ti, su única gloria y su alegría,
en un gemido el parabién te envía,
pues Febo dio su vuelta presurosa.

Vuelan los años ¡ay! y sin estruendo
fugaz los sigue juventud florida,
su mágica ilusión con ella huyendo.

¡Feliz quien goza el sol de su querida!
¡Y triste aquél, que en soledad gimiendo,
ausente pasa el mayo de la vida!

SONETO XV

A mi caramillo

Rómpase ya la mísera flautilla,
que entonando de amor tiernos cantares,
si no aplacó su voz soberbios mares,
supo alegrar los campos de Castilla.

En son festivo el Tormes a su orilla
sonar la oyó sin sustos ni pesares,
y hora escucha sus quejas Manzanares,
y el llanto ve correr por mi mejilla.

Mas si cantar de aquella solo sabe,
que ya no osa nombrar el labio mío,
la belleza gentil, los garzos ojos;

como mi dicha y mi esperanza, acabe,
y envueltos con mis lágrimas el río
lance al Tajo profundo sus despojos.

SONETO XVI

A Zaragoza rendida por el hambre y la peste, más bien que por el valor francés 1809

Viendo el tirano que el valor ferviente
domar no puede del León de España,
ni al lazo odioso de coyunda extraña
dobla el fuerte Aragón la invicta frente,

juró cruel venganza, y de repente
se hundió en el Orco, y con horrible saña
del reino oscuro que Aqueronte baña
alzó en su ayuda la implacable gente.

De allí el desmayo y la miseria adusta,
de allí la ardiente sed, la destructora
fiebre salieron y el contagio inmundos.

Ellos domaron la ciudad augusta;

no el hierro, no el poder. ¡Decanta ahora
tu triunfo, oh Corso, y tu valor al mundo!

SONETO XVII

A Lesbia en su cumpleaños

Del nacarado Oriente a los umbrales
entre ráfagas bellas de oro y grana
torna a lucir la espléndida mañana
que al mundo abrió tus ojos celestiales.

Pura brille y feliz: huyan los males
de ti, divina Lesbia, como vana
niebla al sol estival, o cual ufana
disipas la aridez si al campo sales.

Meció tu cuna en la estación amena
el arrullo del céfiro, y más flores
que sus halagos con tu aliento crías.

Arda a tus pies la juventud de amores,
y tu lozana edad goza sin pena,
que cuando gracias da, no aumenta días.

SONETO XVIII

Al Lord Wellington en la toma de Badajoz, 1812

A par del grito universal que llena
de gozo y gratitud la esfera hispana,
y del manso, y ya libre, Guadiana
al caudaloso Támesis resuena;

tu gloria ¡oh Conde! a la región serena
de la inmortalidad sube, y ufana
se goza en ella la nación britana;
tiembla y se humilla el vándalo del Sena.

Sigue; y despierte el adormido polo
al golpe de tu espada; en la pelea
te envidie Marte y te corone Apolo;

y si al triple pendón que al aire ondea
osa Alecto amagar, tu nombre solo
prenda de unión, como de triunfo, sea.

SONETO XIX

*Al Excmo. Sr. Conde de Haro, hijo primogénito del Excmo. Sr. Duque de Frías, al
cumplir un año 1814*

Precioso niño, si a templar mi pena
basta el recuerdo de tan fausto día,
y al cielo llega la plegaría mía
en vez de lira al son de mi cadena;

dará benigno a tu niñez serena,
delicias de tu casa y su alegría,
más que soñado néctar o ambrosía
de salud y placer la copa llena.

Tu brazo un tiempo blandirá brioso
de tu padre el acero, cuando altivo
batas la ijada al alazán fogoso.

Docto cual él serás y ardiente y vivo;
cual tu madre gentil, discreto, hermoso;
cual ambos bueno, amable, compasivo.

SONETO XX

Los hoyuelos de Lesbia

Cruzaba el hijo de la cipria diosa
solo y sin venda la floresta umbría,
cuando al pie de un rosal vio que dormía
al blando son del mar mi Lesbia hermosa;

y al ver pasmado que su faz graciosa
los reflejos del alba repetía,
tanto se deslumbró, que no sabía
si aquella era mejilla o era rosa.

Alargó el dedo el niño entre las flores,
y en ambos lados le aplicó a la bella,
formando dos hoyuelos seductores...

¡Ay, que al verla reír, la dulce huella
del dedo del Amor mata de amores!
¡Feliz el que su boca estampe en ella!

SONETO XXI

A la Excma. Sra. Duquesa de Frías en sus días

Cuando improvisa mi prisión oscura
tornó en vergel tu planta bienhechora,
y vio asombrada la naciente aurora
en tus ojos su luz brillar más pura;

no bastando mi pecho a tal ventura,
las gracias viendo do el espanto mora,
así al perderte prorrumpí, señora,
bañado el rostro en llanto de ternura:

«¡Ángel celeste, hechizo y ornamento
del mundo, vete en paz, y el cielo pío
sin fin te colme del placer que siento!»

Este fue, dulce amiga, el voto mío:
hoy le renueva el alma y el acento,
y en pobres versos a tus pies le envío.

SONETO XXII

A un barrilito de vino de Jerez que me regaló una señora

Jugo divino, honor de Andalucía
y envidia del flamenco y del britano;
tú por quien el Olimpo soberano
torciera el gesto al néctar y ambrosía;

¡Cuál me colmara el verte de alegría
(más que con Hebe Júpiter, ufano)
si a henchir mi copa con su blanca mano

se hallase aquí la hermosa que te envía!

El rubio Febo en sus collados tiene
puro cristal: mi labio lo rehúsa,
que a tan helados sorbos no se aviene.

Sé pues mi numen tú, y ella mi musa,
y al diablo doy los brindis de Hipocrene
y el chorro de Castalia y de Aretusa.

SONETO XXIII

A don Ángel de Saavedra, hoy Duque de Rivas 1824

Tú, a quien risueño concedió el destino
(digna ofrenda a tu ingenio soberano)
manejar del Aminta castellano
la dulce lira y el pincel divino;

vibrando el plectro y animando el lino,
logres, Saavedra, con certera mano
vencer las glorias del cantor troyano;
robar las gracias del pintor de Urbino.

Lógralo, y logre yo, si más clemente
me mira un tiempo la áspera fortuna
que hora me niega en blando son loarte,

tejer nuevas coronas a tu frente,
ya esclarecida por tu ilustre cuna,
ya decorada del laurel de Marte.

SONETO XXIV

Al primer pintor de cámara don Vicente López 1817

Si plugo a Carlos con la regia mano,
que a Marte arrebató palmas sin cuento,
alzar del suelo el mágico instrumento
a que gloria inmortal debe Ticiano;

si vio Velázquez de su dicha ufano
premiar todo un Filipo su talento,
dando a su efigie en ínclito ornamento
la roja insignia del Patrón hispano;

hoy a despecho de la envidia injusta
te ofrece, López, tan feliz destino
de otro monarca la bondad augusta,

que en favor desusado y peregrino
da a tus desvelos recompensa justa
y nuevos timbres al pincel divino.

SONETO XXV

A Bernardina el día que cumplió catorce años

Dorando alegre en la oriental ribera
frescos racimos que el otoño cría,
otra vez torna el apacible día
que abrió tus ojos a la luz primera.

¡Oh si tan grande mi ventura fuera
que en él gozar te viese, Dina mía,
esa edad de inocencia y de alegría
triscando como sílfide ligera!

Si de tu vida en el risueño oriente
el dulce nombre de tu madre bella
formar te oí con labio balbuciente,

¿por qué me ha de negar infausta estrella
te mire ufano en tu verdor naciente,
y en gracias tantas competir con ella?

SONETO XXVI

Cuando no hallaba ni aun en sueño vano
de mi triste prisión fácil salida,
por generoso impulso dirigida
tú me tendiste protectora mano.

Por ti recobro, ilustre Soberano
cuanto me puede hacer grata la vida.
Familia tierna, libertad perdida,
el sol de España, el suelo carpetano.

Que admitas hoy benévolo confío,
de mi tosco buril escaso fruto,
estos humildes rasgos que te envío,

mientras exento ya de pena y luto
por tan alto favor el pecho mío
te da en su gratitud mejor tributo.

SONETO XXVII

*Parabién al Rey Fernando por su enlace con la Princesa de Nápoles María Cristina
1829*

Al clamor de la pública alegría
en que el pecho español su aliento apura,
de cuyos ecos a su cueva oscura
huye bramando la Discordia impía,

gozad ¡oh Rey! en tan dichoso día,
nuncio veraz de siglos de ventura,
la flor de gentileza y hermosura
que la bella Parténope os envía.

Nunca el vivo placer, Fernando augusto,
que en vuestra frente generosa brilla,
altere de Fortuna el ceño adusto;

y a tan plácida unión deba Castilla
un príncipe feliz, clemente, justo,
a quien doblen dos mundos la rodilla.

SONETO XXVII (2)

Al augusto enlace del Sr. D. Fernando Séptimo con D.^a María Cristina

Ya que al rumor de aplausos y alegría
en que el pecho español su aliento apura

huye por siempre a su caverna oscura
ciega de rabia la Discordia impía,

gozad, Señor, en tan dichoso día
nuncio veraz de un siglo de ventura,
la hermosa perla inestimable y pura
que la ilustre Parténope os envía.

Nunca el dulce placer, Fernando augusto,
que en vuestra frente generosa brilla,
perturbe del pesar el ceño adusto,

y a tan plácida unión deba Castilla
un príncipe feliz, clemente, justo,
a quien doblen dos mundos la rodilla.

SONETO XXVIII

Plegaria a Nuestra Señora, estando de parto la Reina Cristina en de octubre de 1830

Dulce consuelo del linaje humano,
Madre excelsa de Dios, sacra Lucina,
humillado a tus pies la frente inclina
con ardiente fervor el pueblo hispano.

Si nunca vierte lágrimas en vano
el que se acoge a tu bondad divina,
vuelve, Señora, al lecho de Cristina
los bellos ojos, la piadosa mano.

Muévate de Fernando la agonía,
que en zozobra cruel pregunta, espera,
vacila, teme, alienta, desconfía.

De su penar los plazos acelera,
y antes que su fulgor esconda el día
agite el viento la feliz bandera.

SONETO XXIX

A mi Sra. D.^{ca} T. P. de S. en sus días

Si entre las damas que la Corte adora
eres, Clori, la bella de las bellas;
y así a tu vista desaparecen ellas
como la noche al despuntar la aurora,

por tu dulzura y tu bondad, señora,
en que también, venciéndolas, descuellas,
contra el fiero rigor de las estrellas
mi voz al cielo en tu favor implora.

Grata entanto y benévola permite
que el rudo acento de la musa mía
en tan digna ocasión te felicite.

Un siglo goces tu dichoso día,
sin que adusto pesar tu tez marchite
ni del tiempo veloz la huella fría.

SONETO XXX

A Judas

Cuando el horror de su traición impía
del falso apóstol fascinó la mente,
y del árbol fatídico pendiente
con rudas contorsiones se mecía;

complacido en su mísera agonía
mirábale el demonio frente a frente,
hasta que ya del término impaciente
de entrambos pies con ímpetu le asía.

Mas cuando vio cesar del descompuesto
rostro la convulsión trémula y fiera,
señal segura de su fin funesto,

con infernal sonrisa placentera
sus labios puso en el horrible gesto,
y el beso le volvió que a Cristo diera.

SONETO XXXI

Al Ilmo. Sr. Obispo de Zamora en sus días

Hoy que sus rayos el mayor planeta
mustios y oblicuos a la tierra envía
y envuelto en nieblas y en escarcha fría
del trópico tocó la helada meta;

para dar vado a la emoción secreta
que el alma siente en vuestro fausto día,
sin invocar a Euterpe ni a Talía,
sola mi gratitud me hará poeta.

Gozadle un siglo, y por el santo celo
de tal pastor, que honrara al Vaticano,
de las sagradas ínfulas modelo,

hoy para bien del pueblo zamorano
más bendiciones os conceda el cielo
que tiene repartidas vuestra mano.

SONETO XXXII

A una señorita que me pidió versos, cuando en medio de la lucha fratricida de D. Pedro y D. Manuel de Portugal apareció el cólera en aquel reino y se propagó por Andalucía

Del padre Tajo el agua cristalina
con su puñal sacrílego ensangrienta,
de estragos siempre y lágrimas sedienta,
civil discordia en la nación vecina.

La ambición, que a dos príncipes fascina,
de Montiel los escándalos ostenta
a la asombrada Europa; y muda y lenta
peste voraz sus pueblos extermina.

¡Ay, que ya el monstruo la comarca huella
de los hijos del Betis, que a millares
abandonan su hogar despavoridos!

¿No escuchas sus lamentos, Dina bella?
¡Y hora me pides himnos y cantares!
Pídeme llanto, indignación, gemidos.

SONETO XXXIII

Mis deseos. A la Excma. Sra. Condesa de Toreno, en el día de sus bodas

Siempre, bella Pilar, siempre risueño
luzca a tus ojos el solemne día
que de tus gracias su ventura fía
quien se envanece de llamarte dueño.

Cien veces mayo ofrézcate halagüeño
las flores, que sin él tu aliento cría:
corra tu edad en plácida alegría
como un sabroso y bonancible sueño.

De amables niños, lisonjero adorno
de matrona feliz, fórmete en breve
séquito digno turba bulliciosa,

que al agruparse de su padre en torno,
entre blandas caricias le renueve
rasgos y hechizos de su madre hermosa.

SONETO XXXIV

A la señorita D.^a María de la Encarnación Gayoso, el día después de haber cantado en casa de su hermana, la Excma. Señora Condesa de Toreno

Aún en mi corazón, con fuego impreso,
y en mi atónito oído resonando,
dura el suspiro de tu acento blando,
más dulce que de amor el primer beso.

Al donoso ademán, al embeleso
de tu expresión y tus miradas, cuando
cantas el aire bético imitando,
¿quién, Corila gentil, no pierde el seso?

Bella, sensible, juguetona, esquiva,
me exalto, y río, y me estremezco, y lloro
al eco de tu voz tierna o festiva.

¡Feliz quien goce el mágico tesoro
de tantas gracias, y contigo viva,

y escuche de tu labio un *Yo te adoro!*

SONETO XXXV

A la terminación de la guerra civil en los campos de Vergara

¿Qué inusitada aclamación festiva
convierte en gozo de mi patria el duelo?
¿Por qué de mar a mar con rauda vuelo
suena sin fin centuplicado el *viva*?

La Paz, sí: ¿no la veis, de fresca oliva
la sien ornada, descender del cielo,
en su diestra agitar cándido velo
y ahuyentar la Discordia vengativa?

¡Oh momento feliz! Su horrible tea
de la nación magnánima española
maldita siempre y execrada sea;

y anuncie el blanco lino que hoy tremola,
y en que la cifra de Isabel campea,
un grito, un pensamiento, un alma sola.

SONETO XXXVI

En la traslación de los restos de D. Pedro Calderón al cementerio de San Nicolás 1841

Gloria y delicia de los patrios lares,
¡buen Calderón!, de tu fecunda vena
el copioso raudal el orbe llena
venciendo espacios y cruzando mares.

Difunden hoy tus dramas a millares
las prensas de Leipsick, los oye Viena,
y hasta en las playas bálticas resuena
el cisne del modesto Manzanares.

¡Oh hispana juventud! Si al arduo empeño
de hollar del Pindo la sublime altura
no te alentare porvenir risueño,

esa pompa, ese mármol te asegura
con muda voz que, si *la vida es sueño*,
siglos de siglos el renombre dura.

SONETO XXXVII

En el álbum de la señora doña Tomasa Andrés de Bretón

¡Cuál como tú feliz, bella Tomasa,
en quien Bretón extático se mira,
y en tu amor quinquenal (no, no es mentira:
vuelve la hoja y lo verás) se abrasa!

«Hermosa, mucho más, la tengo en casa»,
dice a toda beldad que el vulgo admira.
Tus ojos son el numen que le inspira;
tuyo el hechizo que a sus versos pasa.

Solo falta ¡oh dolor! que en la terneza
de sus deliquios conyugales, cuando
a la diosa de Amor, no a Febo, invoque,

la gran fecundidad de su cabeza,
la *unidad de lugar* atropellando,
en punto menos alto se coloque.

SONETO XXXVIII

A San Fernando

Desciende de las fúlgidas mansiones,
ilustre leonés, santo guerrero;
muévate a compasión el trono ibero
que en el Betis plantaron tus legiones.

No tiene ya Corteses ni Colones
que rindan a sus pies otro hemisfero:
el que era envidia ayer del orbe entero
ludibrio es hoy de reyes y naciones.

Mira a tu nieta, cándida, inocente,
que en infantiles juegos divertida

ni aun el rumor de la borrasca siente.

Guarda y protege su preciosa vida,
y esa corona trémula en su frente
de mil contrarios vientos combatida.

SONETO XXXIX

A la Reina Isabel en el pleno ejercicio de su autoridad

Cual viene en pos de nebuloso invierno
brotando rosas la estación florida,
y la campiña yerta y aterida
revive al soplo de favonio tierno,

así de España al liberal gobierno,
débil un tiempo, sin vigor, sin vida,
brío y lustre darás, Reina querida,
y harás su dicha y tu renombre eterno.

Lanzado en fin al bátratro profundo,
no verterá en mi patria su veneno
de la anarquía el monstruo furibundo.
A tu sombra, Isabel, aliente el bueno,

y a tu cetro feliz aclame el mundo
de la virtud imán, del vicio freno.

SONETO XXXIX (2)

Cual viene en pos del borrascoso invierno
los campos alegrando abril florido
y la furia del austro embravecido
cede al arrullo del favonio tierno;

así al estado y público gobierno,
que en desdichas sin fin gemió sumido,
su esplendor volverás, oh Rey querido,
y harás su dicha y su renombre eterno.

Ya el déspota cayó. Ya del profundo
sueño tornando de arrogancia lleno

ruge el León de España furibundo.

A tu sombra, de hoy más, aliente el bueno,
y en tu trono feliz te admire el mundo,
alma de la virtud, del vicio freno.

SONETO XL

A Margarita en sus días

Dos veces y no más, Márgara mía,
dos veces y no más plugo al destino
que a tu lado me hallase el matutino
plácido ambiente de tu fausto día.

Gozoso entonces admirar solía
los rasgos de tu ingenio peregrino,
y al eco de tu labio purpurino
colmaba el pecho insólita alegría.

Todo cambió. Por términos extraños
perdida ya de verte la esperanza,
me acosan males, tedio, desengaños.

Solo en mi corazón no hallo mudanza;
que el poder de las penas y los años
en él tu imagen a borrar no alcanza.

SONETO XL (2)

A Ofelia en sus días

Una vez, y no más, Ofelia mía,
una vez, y no más, plugo al destino
que a tu lado me hallase el matutino
plácido ambiente de tu fausto día.

Fortuna entonces a mi amor reía:
feliz gozaba tu mirar divino,
y al eco de tu labio purpurino
nadaba el pecho en célica alegría.

¡Todo cambió! Por términos extraños
funestos dones debo a la venganza:
mofa, pobreza, canas, desengaños.

Solo en mi corazón no hallo mudanza,
que el poder de las penas y los años
en él tu imperio a destruir no alcanza.

SONETO XL (3)

A Marfisa en sus días
Una vez, y no más, Marfisa mía,
una vez, y no más, plugo al destino,
que a tu lado me hallase el matutino
plácido ambiente de tu fausto día.

Fortuna entonces a mi amor reía:
feliz gozaba tu mirar divino,
y al eco de tu labio purpurino
mi pecho de placer se embebecía.

Todo cambió: por términos extraños
funestos dones debo a la venganza;
mofa, miseria, canas, desengaños.

Solo en mi corazón no hallo mudanza;
que el poder de las penas y los años
en él tu imperio a destruir no alcanza.

SONETO XLI

A la literatura actual

Soneto improvisado en broma, y de pies forzados

Ya no reina en las tablas Marco *Antonio*,
César, Yugurta ni el patrón de *Plinio*.
El trágico puñal perdió el *dominio*,
opio se emplea, arsénico, *antimonio*.

Cruces, horcas, fantasmas el *telonio*
te ofrece si haces dél fiel *escrutinio*:

de crímenes atroces *vaticinio*
es hoy la bendición del *matrimonio*.

El delirio, el furor se llaman *genio*;
ya Diana no es más que un *plenilunio*;
solo se usa en el gálico *Cilenio*:

y en los teatros en diciembre o *junio*
tiemblan de horror los arcos del *proscenio*
de sólo presenciar tanto *infortunio*.

SONETO XLII

Para el álbum de D. P. de T. a Tulita de Avellaneda

Hoy que sus rayos el mayor planeta
mustios y oblicuos a la tierra envía,
y envuelto en nieblas y en escarcha fría
del trópico tocó la helada meta,

Tula cruel, ¿pretendes indiscreta
que salga a relucir la musa mía?
¿Dónde hallará calor mi fantasía?
¿Quién con setenta abriles es poeta?

¡Ay, que del estro se extinguió la llama!
Pasó la edad del canto y los amores,
y ya la ávida huesa me reclama.

Solo del crudo invierno en los rigores
trocar es dado al numen que te inflama
las nieblas en fulgor, la escarcha en flores.

SONETO XLIII

A mi Sra. D.^a Dolores Perinat de Pacheco
¡Lo que puede el tiempo!

Volviome loco una mujer hermosa
diez lustros ha: lloré, seguí su huella,
vi el soberano bien cifrado en ella,
y ensalcé su beldad en verso, en prosa.

Dije que sus mejillas a la rosa
prestaron su carmín; que no tan bella
fue la madre de Amor; llamela estrella,
cielo, sol, querubín, arcángel, diosa.

¡Mas hoy qué diferencia, cara amiga!
¡Tanto pueden los años!... ¡Ay! perdona
que tan amarga sequedad te diga:

siempre que veo tu gentil persona
exclamo, cuando más, ¡Dios te bendiga!
y vuélvome tranquilo a mi poltrona.

SONETO XLIV

A los ferrocarriles

Soneto improvisado, con asunto y consonantes forzados

Más quiero estar rollizo como un *sollo*
sin montar en borrico ni en *caballo*,
que andar diez leguas mientras canta un *gallo*
metido en un cajón hecho un *repollo*.

Tengo presente aquel fatal *embrollo*
que en Versalles pasó y otros que *callo*:
de aquí no he de moverme aunque eche *tallo*:
un hijo mío no ha de ser *criollo*.

En un ferrocarril sálvese un *pillo*
que a una doncella deshojó el *capullo*,
o de alguna prisión forzó el *rastrillo*;

que yo prefiero al plácido *murmullo*
de un arroyo roncar como un *chiquillo*,
y llámenme, si quieren, *Pero Grullo*.

SONETO XLV

A la Cuaresma

Con los mismos consonantes del anterior

Si de Laredo buen salmón, buen *sollo*
gracias al galopar de un buen *caballo*,
tuviese yo, cantárame otro *gallo*,
y al diablo diera alubias y *repollo*.

Esto de hacer de yerbas un *embrollo*
desprende gases que de intento *callo*:
de acelgas coma un indio penca y *tallo*
mas no un hijo de España ni un *criollo*.

Mejor lo pasa, por ser pobre un *pillo*
que prefiriendo un rábano a un *capullo*
lo entrega de sus dientes al *rastrillo*.

Yo me aguanto y ayuno sin *murmullo*,
pero envidio los fueros de un *chiquillo*:
no hiciera más el mismo *Pero Grullo*.

SONETO XLVI

*Al Excmo. Sr. Conde de San Luis, fundador del Teatro Español
Octubre de 1851*

Ese que en honra de la patria un día
alzó tu mano, esclarecido Conde,
monumento a las musas, do se esconde
tras la risueña máscara Talía;

campo de noble lid, donde a porfía
luchan los genios españoles, donde
con nuevos triunfos nuestra edad responde
de otra edad a la excelsa nombradía;

hará que justa en tu alabanza apure
la alta fama su aliento, y en la historia
lugar tan encumbrado te asegure,

que durará de España en la memoria
cuanto en los siglos venideros dure
de Lope y Tirso y Calderón la gloria.

SONETO XLVII

A la Señora D.^a Josefa Espinosa de los Monteros

Para el álbum de la señorita doña Flora Ferrer
Sí, Pepa, bien lo sé: Flora es tan linda
que pocas competir podrán con ella;
descubre cada párpado una estrella,
y es cada labio suyo media guinda.

Ríome yo de la gentil Florinda
que fascinó a Rodrigo, y aun aquella
a quien dio Paris la manzana bella
dudo que a sus encantos no se rinda.

Por Dios que, si me pongo, en breve rato...
Sí, sí, ¡pereza fuera! ¡Vive Cristo,
que voy a hacer al punto su retrato!

Pincel, tintas, marfil, todo está listo...
Pero, Pepa, ¿no soy bien mentecato?
¿Cómo la he de pintar, si no la he visto?

SONETO XLVIII

Al Excmo. Sr. Marqués de Molins

Si no brindo con vino a tu *salud*,
como lo manda el uso *inmemorial*,
caro Mariano, en Pascua o *Carnaval*,
es senil impotencia; no es *virtud*.

Observante me han hecho del *talmud*
los años con su rígido *ritual*
mas te festejaré desde el *portal*,
como la murga, al son de mi *laúd*.

¿Quién pudo imaginar que soy aquél
que pudiera engullir por *colación*
hasta el arco y la tripa del *rabel*?

Y hoy debo confesarte ¡oh *confusión*!
que si a la verdad santa he de ser *fiel*,
puches piden mis dientes, no *turrón*.

FIN